

Los 70 años de Ruggero Raimondi

por Carlos Fuentes y Espinosa



Ruggero Raimondi, el actor-cantante por antonomasia

— **E**ntonces, ¿qué vamos a ver, mami?

— *Carmen*, con Plácido, hijo — me respondió mi madre, operómana selectiva, verdiana por gusto y domingófila por oposición.

Sorprendentemente, a mis escasos seis años, se me permitió el ingreso a la sala cinematográfica para presenciar una adaptación fílmica de la famosa ópera de Bizet que vería, por cierto, 25 veces más en la simpática temporada aquella. Transcurrió el vertiginoso primer acto. En el segundo, apareció Escamillo. De inmediato, su presencia hipnótica me sobrecogió totalmente; su fuerza escénica arrolladora me cautivó en sus breves apariciones y generó en mí el deseo de dedicarme al canto (sólo si era bajo-barítono como él, claro estaba). El imponente torero era interpretado por el bajo boloñés Ruggero Raimondi, quien el pasado tres de octubre puso de manteles largos el mundo operístico para celebrar su septuagésimo aniversario natalicio.

Ante una personalidad como la de él, es recurrente acudir a los superlativos. Pero la realidad va mucho más allá. Raimondi, independientemente de ser uno de los bajos que más grabaciones ha realizado (¡incluyendo varias versiones del mismo personaje!) o el único de su tesitura citado en la lista de *Forbes* —la publicación sobre magnates y sus ganancias— dedicada a los cantantes con los estipendios más jugosos, es un artista completo, idealista y verdaderamente comprometido hasta la última de sus células con su arte.

En palabras del propio Raimondi: “Existen dos clases de cantantes: los que cantan notas altas y los que interpretan. Sé que pertenezco a la segunda categoría”. Semejante capacidad interpretativa lo ha colocado como el sucesor del legendario bajo ruso Fiodor Chaliapin (1873-1938), al explorar profundamente la psicología de los personajes que aborda y sus historias a través, siempre, del canto expresivo en el que es un gran maestro.

Raimondi es una figura mítica en vida, una personalidad descollante en el escenario, pero, sobre todo, un primerísimo cantante que, considero, es quien más ventajas ha sabido extraer de su voz, ampliándola, coloreándola, controlándola y enriqueciéndola con todos

los recursos que la técnica autoriza (y tal vez, algunos que no). Pertenece, además, a la generación denominada por el maestro Enrique Gimeno como “los súper cantantes” (que incluye a Marilyn Horne, Francisco Araiza, Samuel Ramey y Agnes Baltsa, entre otros), en alusión a las gigantescas facultades vocales, aptitudes sobradas y talento histriónico que poseen y cuya solvencia técnica les permitió rescatar la casi irrealizable obra rossiniana.

Pensemos, por excelencia, en el reestreno mundial de *Il viaggio a Reims* del querido Cisne de Pesaro, que reunió la más sublime pléyade de exponentes de cada tesitura en un júbilo de calidad y *savoir faire* excepcional. Raimondi, puede aseverarse, pues, es un privilegiado en el reparto de dones. Nacido durante la Segunda Guerra Mundial, dejó el estudio del piano por considerarlo engorroso, sabía y cantaba de memoria las grandes partes operísticas que oía en conciertos y en la colección discográfica de sus padres.

Existe una anécdota que describe cómo llamó la atención de ciertos transeúntes al cantar el ‘Credo’ del *Otello* verdiano, provocando que recomendaran a la familia Raimondi que el joven fuera escuchado por expertos. Finalmente, a instancias de su abuela, que conocía bien al director Francesco Molinari-Pradelli, éste hizo una audición a Ruggero y profetizó que “algún día el público estaría dispuesto a pagar muchísimo dinero por oírlo”.

Los padres de Raimondi, que pensaban primordialmente en el futuro económico de su vástago, estuvieron muy contentos de tal panorama y cambiaron la idea de una carrera universitaria en contaduría para el adolescente que se sintió interesado en volverse cantante, suponiendo que así lograría vencer su enorme timidez. Por tanto, estudió en Mantua con el célebre compositor Ettore Campogalliani (también maestro de Renata Tebaldi y Luciano Pavarotti, entre otros) con miras al Conservatorio Verdi de Milán, al que ingresó un tiempo después para convertirse, al final de ese año, en estudiante del prestigioso Conservatorio de Santa Cecilia, en Roma, donde estudió con Antonio Piervenanzi y Maria Teresa Pediconi por los cuatro años siguientes.

En 1965, el joven Raimondi ganó el concurso Adriano Belli de Spoleto, y como premio encarnó a Colline en *La bohème* pucciniana en el Festival de los Dos Mundos. Enseguida, recibió una invitación de la Ópera de Roma en donde sustituyó (aun con un fuerte resfrío) al bajo Nicola Rossi-Lemeni, impresionando al esposo de Maria Chiara, quien a su vez convenció a Mario Labrocca, director del egregio Teatro La Fenice de Venecia, para aceptarlo en una audición. Una vez que lo oyó, el funcionario le ofreció un contrato por cinco años. La profecía de Molinari-Pradelli empezaba a cumplirse.

Felizmente, en La Fenice, Raimondi interpretó algunos de los papeles primordiales de la cuerda, como Mefistofele, Attila, Don Quichotte y demás, que fue desarrollando vocalmente con la preparación frecuente del repetidor erudito, Leone Magiera, quien trabajó con él hasta lograr la infinita paleta de colores que lo caracteriza. Sin embargo, muy irónicamente, el ulterior soberbio actor, desde sus primeras participaciones en pequeños papeles verdianos, se enfrentó con su antigua y petrificante timidez y una especie de bloqueo emotivo puesto que, en cierta escena, quedó congelado sin la posibilidad de moverse.

El actor Piero Faggioni lo ayudó a salir adelante y Labrocca, viendo el potencial enorme de Raimondi, propuso a Faggioni que le enseñara el Mefistofele para asignárselo. Faggioni lo tomó bajo su cargo y, poco a poco, fue desinhibiendo al bajo y tocando sus intensas fibras emocionales. Después de algunas semanas de entrenamiento, el coro, al principio incrédulo, recibió a Raimondi con una ovación cuando representó su escena, deslumbrando a todos por su desenvoltura escénica y profundidad actoral.

A partir de ese momento, comenzó la carrera internacional de Ruggero, con rapidez y ascendente éxito. El Metropolitan Opera House de Nueva York, Covent Garden de Londres, el Teatro alla Scala de Milán, la Ópera Nacional de París y muchos recintos sagrados del género en todo el planeta albergaron al cantante de 1.88 metros de estatura, que provocaba reacciones en el público generalmente reservadas a los astros populares. Cierta crítica afirmaba: “Decir que Raimondi fue el triunfo de la noche sería subestimar la realidad”.



La biografía de Raimondi, escrita por su repetidor



Como Don Giovanni, en la película de Joseph Losey

Las principales casas de grabaciones comisionaron a Raimondi para registrar una larga lista de personajes bajo las batutas más alabadas del momento, con algunas de las cuales ha trascendido el ámbito laboral y alcanzado la cúspide hermosa de la amistad. A comienzos de la década de los 70, el renombrado director Franco Zeffirelli lo llamó para participar, actuando sin cantar, en su película *Hermano Sol, Hermana Luna*, con la que inauguró la carrera fílmica de Raimondi, que continuaría con *La trucha* de Joseph Losey, *La vida es una novela* de Alain Resnais, y *Los colores del diablo* de Alain Jessua. Justamente con Losey, Raimondi protagonizó el *Don Giovanni* mozartiano en versión cinematográfica, que lo consagró como el más destacado intérprete del personaje en su momento, mismo que interpretó más de 400 veces y filmó de nuevo a principios de los 90.

Era natural que la televisión se interesara en la espléndida estrella operística. Maurice Béjart lo dirigió en *Seis personajes en busca de un cantante*, una apoteósica aventura musical y psicológica que, parafraseando el título de Pirandello, recreaba la búsqueda del ideal por un cantante mediante la interpretación de las arias más descriptivas de cada uno de los seis personajes, oportunidad inigualable de lucimiento vocal y actoral para Ruggero Raimondi, donde demostró, también, su preclara versatilidad para el estilo de cada medio, léase cine, televisión o teatro. Desde entonces, ha alternado los tres con producciones sobresalientes en *Carmen* de Francesco Rossi, *Boris Godunov* de Andrzej Żuławski, *Assassinio nella Cattedrale*, la ópera de Ildebrando Pizzetti en la dirección de D'Onofrio, *Rigoletto* de Andrea Andermann, y la serie francesa *El llanto de los ángeles*, por nombrar algunas.

Menciono, muy especialmente, su inmejorable caracterización del barón Vitellio Scarpia en *Tosca* de Puccini, que ha sido conocida por muchísimos teatros (con direcciones de egregios músicos como Von Karajan y Mehta), el disco, el cine y la televisión.

Con todo, Raimondi considera que la interpretación en el teatro tradicional es la verdadera elaboración del género (me encanta decir que si no se lo ha visto cantar en escena la excelsa aria de 'La Calunnia' de *Il barbiere di Siviglia* de Rossini, no se tiene una idea de lo que ésta es y puede llegar a ser) y se muestra decepcionado de los cambios que se han suscitado en la producción de las obras, desde las imposiciones de los directores escénicos —recordemos que él se negó en cierto *Faust* de Ken Russell a utilizar como mingitorio una pila bautismal—, pasando por el descuido y el desconocimiento de la voz y de la ópera en su conjunto por los directores concertadores, y el poco estudio y desarrollo de las voces jóvenes a las que recomienda mucho estudio y mesura en todo aspecto.

Raimondi, de cualquier forma, no se ha privado del gusto de exhibir su talento como director de escena, oficio donde ha sido elogiado y al que proyectó dedicarse cuando ya no cante. El año próximo, junto con Plácido Domingo en la dirección orquestal, será el *regista* de una serie de puestas en el Palau de la Música, en Valencia. No obstante, a punto de iniciar su octava década de vida, Raimondi, condecorado con la Legión de Honor del gobierno francés, tiene la sagacidad y el entusiasmo suficientes para cantar en lugares donde aún no lo había hecho (muy lamentable y vergonzosamente, México es uno de ellos), como Lima, Perú, donde inauguró el Teatro Nacional.

Y con un repertorio de alrededor de 50 roles, Raimondi aún incorpora nuevos retos como Don Pasquale, el Dottor Dulcamara, los cuatro demonios de *Les contes d'Hoffmann*, y más recientemente, el Jack Rance de *La fanciulla del West* de Puccini, con una voz que responde a su manejo técnico, su pericia y su notable inteligencia vocal que, tristemente para muchos, le hizo renunciar al apetitoso proyecto de personificar al Holandés errante en la obra de Richard Wagner, ya que arguyó que su falta de dominio del idioma alemán era riesgosa.

El bajo italiano que se fusiona con sus personajes en el proscenio, produciendo un resultado invaluable, se aparta del universo y se regocija de saber y poder gozar a sus hijos y a su esposa, a quienes valora como un refugio de los reflectores. Gusta mucho de la música estadounidense, de la que ha efectuado registros y de saborear su vida cotidiana que encuentra sumamente atractiva. Por todo lo visto, nos gustaría que Raimondi viviera otros 70 años, pero mientras tanto disfrutamos estos primeros y los festejamos como su mérito lo reclama. ●